

¿Puede un dualismo naturalista resolver el problema de la ineficacia causal de lo mental?

Gustavo FERNÁNDEZ ACEVEDO

Facultad de Psicología
Universidad Nacional de Mar del Plata, Argentina

Resumen

Las doctrinas denominadas ‘materialismos no reduccionistas’ han visto en los últimos años amenazado su predominio en el ámbito de la filosofía de la mente como consecuencia de una serie de argumentos tendientes a mostrar que, dentro de ese marco, lo mental carecería de poderes causales. Dentro de las alternativas exploradas para resolver el problema el intento de retornar a posiciones dualistas ha sido ampliamente minoritario. Sin embargo, ha habido algunos intentos en esa dirección. En este artículo se analiza la posibilidad de que un ‘dualismo naturalista’ pueda responder satisfactoriamente a este problema contemporáneo de la causación mental. Se concluye que esta forma de dualismo no consigue superar dificultades presentadas por las formas tradicionales de dualismo, por lo que no constituye un avance sustantivo con respecto a éstas.

Palabras clave: causación mental, dualismo, clausura causal del mundo físico, fuerza explicativa.

Abstract

The doctrines denominated ‘nonreductive materialisms’ have been threatened in the last years their prevalence in the philosophy of mind realm as a consequence of a series of arguments leading to show that, inside that frame, the mental would lack causal powers. Within the alternatives explored to solve the problem the intent to return to dualists positions has been broadly minority. However, there have been some intents in that respect. The possibility that a ‘naturalistic dualism’ could res-

pond satisfactorily to this contemporary problem of the mental causation is analysed in this article. It concludes that this form of dualism is not able to overcome difficulties presented by the traditional forms of dualism, for it does not constitute an advance regarding to these.

Keywords: mental causation, dualism, causal closure of the physical domain, explanatory power.

1. Problemas del materialismo no reduccionista

Durante las últimas décadas, el conjunto de doctrinas agrupadas bajo el rótulo ‘materialismos (o fisicalismos) no reduccionistas’ ha gozado de amplio predominio como respuesta al problema mente-cuerpo en el ámbito de la filosofía de la mente. Tales doctrinas, entre las cuales se incluyen influyentes teorías como el monismo anómalo davidsoniano, la teoría representacional de la mente, debida a Jerry Fodor, y distintas variantes del funcionalismo, parecieron satisfacer diversos requisitos plausibles a los ojos de muchos especialistas. Por una parte, otorgaban al dominio de lo físico una primacía plenamente compatible con el enfoque científico contemporáneo; bajo esta concepción el mundo estaría compuesto solamente por entidades o sucesos físicos, sin espacio para entidades misteriosas como la ‘sustancia mental’ cartesiana. Por otra parte, si bien el dominio de lo mental se encontraría en una relación de dependencia de, o sería determinado por, el dominio de lo físico, no podría ser reducido a éste. Las propiedades mentales serían propiedades reales y genuinas del mundo, al que aportarían poderes causales nuevos, diferentes de los poderes causales puramente físicos.

Pese a su amplio predominio, y a que parecieron constituir una respuesta adecuada a tradicionales interrogantes acerca de la relación entre lo mental y lo físico, estas doctrinas comenzaron a sufrir bajo los embates de una serie de argumentos que mostraron, de una u otra forma, que sus supuestos básicos parecían conducir a inconsistencias aparentemente irreparables. En particular, tales argumentos mostraron que la aceptación de supuestos materialistas ampliamente compartidos, como el de la clausura causal del mundo físico, conjuntamente con tesis plausibles acerca de la relación causal y de la naturaleza de las propiedades mentales, conducían a una conclusión indeseable: la ineficacia causal de lo mental. Diferentes versiones de tales argumentos pueden hallarse en Malcolm (1968), Block (1990), Jackson y Pettit (1990), Yablo (1992), Baker (1993), Van Gulick (1993), y, muy especialmente en Kim (1989a, 1989b, 1990, 1993a y 1998). No todos estos argumentos son equivalentes: algunos de ellos presentan un grado mayor de generalidad que los restantes (por ejemplo, el expuesto por Jackson y Pettit), mientras que otros (como los

presentados por Kim) hacen referencia específicamente a la relación entre lo mental y lo físico.¹ Tampoco existe acuerdo entre estos autores en lo que respecta a las posibilidades del materialismo no reduccionista en responder satisfactoriamente a esta clase de argumentos. Sin embargo, con escasas excepciones, existe consenso general en que tales argumentos representan un desafío serio para esta doctrina.

Las reacciones ante la aparente debacle de la pretensión de articular una forma de materialismo no reduccionista han sido muy diversas. Diversas formas de epifenomenismo (Jackson y Pettit, 1990, Bieri, 1992), enfoques del ‘*explanandum* dual’ (Marras, 1998, 2000), respuestas ‘deflacionistas’ (Baker, 1993; Burge, 1993), reinterpretaciones de la relación entre lo mental y lo físico (Yablo, 1992), han enriquecido la discusión acerca de cómo enfrentar el problema.² De manera no sorprendente, habida cuenta de los problemas que deben enfrentarse, no han abundado las respuestas dualistas al problema.

Resulta frecuente hallar, entre los filósofos dedicados al problema mente-cuerpo, menciones a las graves dificultades que plagan a cualquier forma de dualismo que pretenda sostener algo más fuerte que la existencia de propiedades mentales dependientes de estados físicos, esto es, un ‘modesto’ dualismo de propiedades. Dicho en otros términos, a cualquier dualismo que defienda la existencia de ‘sustancias’ mentales cualitativamente diferentes de la materia física, cuyo estudio parece encontrarse fuera de las posibilidades de la ciencia fáctica. No todas estas dificultades aparentan ser insalvables;³ argumentos conocidos contra el dualismo, como su presunta extravagancia ontológica (esto es, la complicación innecesaria de la ontología), no parecen ser concluyentes. Sin embargo, la dificultad de explicar la interacción causal entre sustancias o entidades de naturaleza cualitativamente diferente, problema que aquejó a Descartes y que fue señalado por sus propios contemporáneos, parece ser un problema irreductible.⁴ Posteriormente, a la dificultad de explicar tal interacción se agregó la incompatibilidad con principios fundamentales de la física, como el principio de conservación de la energía. Los intentos relativamente recientes de defender una posición interaccionista, como el de Popper y Eccles (1977) no parecen haber mejorado mucho las perspectivas del dualismo en estos aspectos. Una prueba de las dificultades con las cuales estos autores se enfrentaron al intentar sostener su interaccionismo se refleja en las tentativas de

¹ Aunque existe un amplio debate acerca de la posible generalizabilidad de tales argumentos a propiedades no mentales (*cfr.* Kim, 1998, cap. 3).

² *Cfr.* Sabatés (2001) para una presentación sistemática de estas opciones teóricas.

³ *Cfr.* Bechtel (1988) y Churchland (1988), para una exposición general de los argumentos a favor y en contra del dualismo.

⁴ Por supuesto, esto vale sólo para aquellas formas de dualismo de sustancias que pretendan mantener la eficacia causal de lo mental (las variantes del interaccionismo serían el ejemplo privilegiado de esta posición); no se aplica a aquellas que no pretenden esto (como el paralelismo o el epifenomenismo).

Popper, que aparecen en las discusiones entre ambos autores, de proponer alguna hipótesis que permita evitar la violación de la primera ley de la termodinámica o principio de conservación de la energía.

Sin embargo, sería un error suponer que el dualismo ha sido completamente desterrado del campo de las teorías sobre el problema mente-cuerpo⁵ y, en particular, sobre la causación mental. Pueden hallarse defensas de posiciones dualistas en compilaciones sobre temas de filosofía de la mente en las cuales predominan de manera abrumadora las perspectivas materialistas.⁶ No es nuestro objetivo aquí analizar una teoría dualista general de la relación mente-cuerpo; no obstante, sí resulta de interés examinar un intento de articular una forma de dualismo para responder al problema de la aparente ineficacia causal de los sucesos mentales, tentativa que lleva a cabo E. J. Lowe en un artículo reciente (1999). En lo que sigue, expondremos las principales tesis del intento de solución de Lowe, e intentaremos mostrar las razones por las cuales su propuesta no consigue superar dificultades tradicionales de los dualismos clásicos, por lo que no puede considerarse una mejora sustantiva con respecto a éstos.

2. La articulación de un ‘dualismo naturalista’

Las afirmaciones que se transcriben a continuación constituyen el marco general del análisis de Lowe. En su opinión resultan de aceptación obligada, pero no parecen constituir un conjunto consistente:

- 1) El sí mismo [*self*], si bien físicamente corporizado [*embodied*], no se identifica con ningún cuerpo físico ni con ninguna parte de tal cuerpo.
- 2) El sí mismo es por su propia naturaleza un agente, algo que es naturalmente capaz de efectuar acciones intencionales, algunas de ellas con resultados físicos.
- 3) Cada suceso físico tiene un conjunto de causas completamente físicas que son colectivamente causalmente suficientes para la ocurrencia de ese suceso (y raramente, si es que en algún caso, un suceso físico es sobredeterminado causalmente) (p. 225).

Contradiendo la opinión de muchos filósofos, que al considerar inconsistente este conjunto de afirmaciones se ven en la necesidad de rechazar alguna de ellas, Lowe afirma que tal conjunto es perfectamente consistente. Dado que la tesis (3)

⁵ Kim (1998), menciona como ejemplos recientes de filósofos que defienden al dualismo a R. Swinburne (*The Evolution of the Soul*, Oxford, Clarendon, 1986), John Foster (*The Immaterial Self*, London, Routledge, 1991), y W. D. Hart (*The Engines of the Soul*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988).

⁶ Cfr. W. D. Hart (1994).

goza de una aceptación muy amplia, Lowe argumenta exclusivamente a favor de las dos primeras, mucho más controvertidas.

Una persona o sí mismo, para Lowe, es un ser que puede tener pensamientos acerca de sí, pensamientos tales como ‘siento calor’ o ‘mido un metro con ochenta centímetros’. Pero una persona o sí mismo, si bien es físicamente corporizado, nunca se identifica con su cuerpo físico ni con ninguna parte de él (tesis (1)). No estamos en absoluto inclinados, observa Lowe, a considerar que nuestros cuerpos o nuestros cerebros sean el sujeto de nuestros pensamientos en primera persona. Y dado que ni nuestro cuerpo ni ninguna parte de él es el sujeto de nuestro pensamiento, se sigue que el sí mismo no es idéntico al cuerpo ni a ninguna de sus partes. Sin embargo, prosigue, sería un error pensar que de esto se sigue necesariamente que el sí mismo debe ser identificado con algo no físico, tal como un espíritu o alma o ‘ego cartesiano’. El sí mismo puede ser una cosa física sin ser idéntico al cuerpo o al cerebro.

Como una parte de esta primera tesis, Lowe afirma que los estados mentales *no son* estados físicos. Entre otras razones, Lowe sostiene que un estado físico, por su propia naturaleza, es un estado cuya posesión por parte de una entidad introduce alguna diferencia real en al menos parte del espacio que esa entidad ocupa. Por el contrario, un estado mental no tiene connotación espacial alguna. De hecho, prosigue, las condiciones de identidad de los estados mentales parecerían ser totalmente distintas de las de los estados físicos. Consecuentemente, concluye, la tesis de que los estados mentales ‘son sólo’ (o idénticos a) estados físicos es sencillamente ininteligible. Lamentablemente, agrega, una generación entera de filósofos ha considerado erróneamente a esta tesis ininteligible como una verdad profunda que sólo ahora nos ha revelado el avance de la ciencia.

Lowe no argumenta en detalle acerca de estas afirmaciones, sino que remite a sus (1989 y 1996)⁷ para un análisis completo de estas cuestiones. No discutiremos aquí los dos aspectos de la tesis (1) expuestos por Lowe, aunque, cabe decir, ambos son fuertemente controvertidos, en particular el argumento en favor del segundo. Los aceptaremos *for the sake of the argument*.

La tesis (2) –la idea de que el sí mismo es, por su propia naturaleza, un agente– también requiere de una defensa. La caracterización del sí mismo como algo que necesariamente es capaz de autorreferencia, observa Lowe, es también una caracterización de algo que es capaz de ser un agente, ya que la autorreferencia es una clase de acción intencional. Más aún, observa, el desarrollo de la autoconciencia está ligado con el desarrollo de la conciencia de otros, y ambos están necesariamente ligados con el desarrollo de capacidades comunicativas, lingüísticas o no. Si esto fuese así, sostiene, no podría existir un sí mismo que fuese constitucionalmente

⁷ *Kinds of being: A Study of Individuation, Identity and the Logic of Sortal Terms*, Oxford, Blackwell, 1989 y *Subjects of Experience*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.

incapaz de comunicarse con otros sí mismos a lo largo de su vida. Por último, Lowe observa que otra razón para pensar que el sí mismo es capaz de acciones intencionales es que sólo un ser capaz de tales acciones podría desarrollar un concepto de causación, y que poseer tal concepto es una condición necesaria de la autorreferencia y de la mismidad.

Una vez presentadas las defensas de las tesis (1) y (2), Lowe examina la posibilidad de que, conjuntamente con la tesis (3), constituyan un conjunto de afirmaciones inconsistente. Parte de la tesis (1), como hemos visto, consiste en afirmar que los estados intencionales no son estados físicos, mientras que la tesis (2) implica que los estados intencionales pueden ser causas de sucesos físicos (dado que el concepto de acción intencional es causal). Si a esto agregamos la tesis (3), esto es, que todo suceso físico tiene un conjunto de causas completamente físicas que son colectivamente causalmente suficientes para su ocurrencia, parecería que el conjunto de afirmaciones es inconsistente, ya que los estados no físicos son y no son causas de sucesos físicos. Sin embargo, observa Lowe, esta conclusión es incorrecta, ya que ignora la transitividad de la causación. La cuestión clave a tener en cuenta, señala, es que si x es causalmente suficiente para y e y es causalmente suficiente para z , entonces, por transitividad, x es causalmente suficiente para z , aun cuando esto no implica que z es causalmente sobredeterminada por x .⁸

Es posible que la tesis (3) sea verdadera y que, no obstante, un suceso físico P tenga, entre sus causas, a un estado no físico M , sin que esto implique la sobredeterminación causal de P . Esto es así, observa Lowe, debido a que M puede tener un conjunto de causas completamente físicas que son conjuntamente suficientes para su ocurrencia. Si M es una causa de P , entonces todas las causas físicas de M , por la transitividad de la causación, son también causas físicas de P . Por lo tanto, concluye Lowe, (1) y (2) no son inconsistentes con (3), sino con una afirmación mucho más fuerte:

4) No hay ningún suceso físico que tenga una causa no física.

⁸ Manuel Comesaña ha objetado que el punto de partida de la argumentación de Lowe se basa en una redefinición estipulativa subrepticia de "causa". Observa que, en el uso común, todo suceso tiene una causa, no un conjunto de causas, y en consecuencia "ser la causa de" no es una propiedad transitiva. Esto es: si A es la causa de B y B es la causa de C , A no es la causa de C . Dicho de otro modo, sólo se llama "causa" al penúltimo eslabón de la cadena. Y el principio del cierre causal del sistema físico, concluye, se interpreta normalmente según este sentido de "causa": todo acontecimiento físico tiene una causa física, y no una mezcla de causas físicas y mentales. Consideramos que la observación es acertada; sin embargo, no resulta obvio hasta que punto apartarse del uso común debilita el argumento de Lowe. En cualquier caso, no aceptar tal formulación del principio de clausura causal impediría desarrollar el argumento a favor del dualismo, por lo que debemos aceptarlo como punto de partida.

Ni la tesis (4) ni la tesis (3) (mucho más débil que la anterior) han sido fuertemente confirmadas por la evidencia empírica. La tesis (4), agrega, es más bien un ‘artículo de fe’ para algunos filósofos. Sin embargo, hay presunciones en favor de (3), ya que la ciencia moderna nos alienta a creer que el universo es un sistema causalmente cerrado cuyo origen fue completamente físico. Pese a esto, observa Lowe, esta presunción no obliga a desechar la posibilidad de que, en algún momento de la evolución del universo, puedan haber surgido sucesos o estados no físicos, junto con sujetos de esos sucesos o estados. Esta idea no involucra elementos de sobrenaturalismo, por lo que no hay razón para despreciarla como ‘fantasmática’ [*spooky*].

3. El principio de clausura causal del mundo físico

Es evidente que la defensa del principio modificado de clausura causal del mundo físico es crucial en el argumento de Lowe, ya que de él depende que el conjunto de tesis sea consistente. Aceptado esto, el autor se dedica a analizar la ganancia epistémica que la aceptación de causas mentales no físicas implicaría; esto es, una vez que hemos aceptado la posibilidad de tales causas. Por esta razón, parece necesario un análisis cuidadoso de los argumentos que nos llevarían a aceptar o rechazar el principio modificado. Podemos observar, de paso, que si este principio modificado se acepta, entonces no habría razones para rechazar, en principio, otros modelos que sostengan otras relaciones entre estados mentales y físicos; por ejemplo, la ‘causación descendente’ en un esquema que suponga la superveniencia o la realización de lo mental a partir de lo físico. Cabría preguntarse, entonces, si otros modelos de interacción entre sucesos mentales y físicos (por ejemplo, que no apelen solamente a la causalidad como relación de determinación) serían preferibles al propuesto por Lowe.

¿Es razonable afirmar que (4) es más un artículo de fe que un principio plausible para guiar nuestras intuiciones acerca del mundo? Kim (1989b) observa:

Hay un supuesto ulterior con el cual creo que cualquier fisicalista acordaría, esto es, la “la clausura causal del mundo físico”. Aproximadamente, dice esto: *cualquier suceso físico que tiene una causa en el momento t tiene una causa física en t*. Este es el supuesto de que si rastreamos los antecedentes causales de un suceso físico, nunca necesitamos ir más allá del dominio físico. Negar este supuesto es aceptar la idea cartesiana de que algunos sucesos físicos necesitan causas no físicas, y si esto es verdad no puede haber en principio una teoría física completa y autosuficiente del dominio físico (p. 280. *Cursivas del autor*).⁹

⁹ Hay versiones de este principio en términos explicativos: ‘en la medida en que un suceso físico (esto es, el cambio en el valor de una propiedad física) pueda ser causalmente explicado, puede ser

Parece innegable que las observaciones de Kim son muy plausibles. Y parecería, también, que la crítica derivada a cualquier posición relativa a la causación mental que pretenda negar este principio también lo es. Sin embargo, diversos autores ponen en duda la fuerza del principio, o difieren acerca de la forma correcta de interpretarlo, la cual incide, a su vez, en las consecuencias que se le atribuyen. Convendrá entonces examinar algunos de sus argumentos y analizar la posibilidad de que puedan respaldar la posición de Lowe.

Crane (1995) sostiene que los filósofos rara vez consideran seriamente la posibilidad de negar la completud de la física, entendiendo por tal la tesis de que las causas físicas son completamente suficientes para los efectos físicos; no se requiere ninguna otra causa para producir efectos físicos. El rechazo a negar esta tesis se debe, en su opinión, a la errónea creencia de que tal negación los comprometería con el dualismo cartesiano. Esta creencia es errónea debido a que ignora la posición según la cual los efectos físicos pueden tener muchos tipos diferentes de causa, ninguno de los cuales tiene los rasgos que Descartes atribuyó a lo mental, y algunos de los cuales no son físicos. Cualquiera sea el significado de 'son suficientes' en el principio de completud de lo físico, este significado debe ser al menos 'suficiente en las circunstancias'. Esto apunta a la noción familiar de que raspar un fósforo (se dice) es suficiente para encender un fuego sólo ante la presencia de oxígeno, material inflamable, y así siguiendo. De manera similar, observa, la presencia de oxígeno es suficiente para encender fuego en la presencia del raspado del fósforo y de material inflamable, de manera que es también una causa del encendido del fósforo. Del mismo modo, prosigue, podemos analizar el caso de alguien que arroja un ladrillo hacia una ventana porque desea hacerlo, y la rompe. Puede estarse de acuerdo con el fisicalista, sostiene, que, *en las circunstancias*, los estados cerebrales de la persona son suficientes para que sus músculos se muevan, y para que el ladrillo vuele por el aire, y para que eventualmente rompa el vidrio. Pero las circunstancias también incluyen las creencias y deseos de la persona, por lo que ellas también serán suficientes, dadas las otras circunstancias, para la rotura de la ventana. En cualquier sentido plausible en el cual las causas físicas son suficientes para sus efectos, sostiene, las causas mentales también lo son. Rechazar la completud de lo físico, por lo tanto, no es rechazar la afirmación de que las causas físicas son suficientes para todos los efectos físicos; es rechazar la afirmación de que *sólo* las causas físicas son suficientes para los efectos físicos. Los efectos físicos, entonces, pueden tener muchas causas: algunas de éstas serán físicas y algunas serán mentales. Según Crane, esta afirmación no está en conflicto con ninguna ley de la física o con ningún principio metodológico perfectamente legítimo; por ejemplo, el principio de que deben buscarse los mecanismos subyacentes de los fenómenos. Debe enfatizar-

causalmente explicado en esa medida sólo por referencia a otros sucesos físicos' (Loewer, 1995, p. 328).

se, advierte, que la aceptación de tal principio no requiere la aceptación del principio de completud de la física. Esta manera de interpretar la tesis de la completud de la física, sostiene, implica una manera de disolver de una manera no fiscalista el problema de la causación mental.

Cierto es que la noción de causa es una noción particularmente controvertida y problemática, por lo que no corresponde legislar acerca de lo que se considera que es *la* manera correcta de concebirla. Sin embargo, notemos un aspecto en el que el enfoque de Crane parece insatisfactorio. Su posición con respecto a las condiciones suficientes para la ocurrencia de un suceso parece plenamente compatible con el epifenomenismo de lo mental. En efecto, podemos concebir la relación entre el conjunto de condiciones de la siguiente manera: un determinado conjunto de estados y sucesos cerebrales es *causalmente suficiente* para la producción de los movimientos musculares requeridos para arrojar el ladrillo, lo que deriva a su vez en el vuelo de ladrillo y la ulterior rotura de la ventana. Este conjunto de sucesos y estados cerebrales, a su vez, *causa*¹⁰ la ocurrencia de determinados estados y sucesos mentales, como el deseo de arrojar el ladrillo. Pero, en tal caso, los procesos y estados mentales son concomitantes a la existencia de los estados y procesos cerebrales; su existencia como parte de las circunstancias en las cuales se produce la rotura de la ventana no les garantiza un rol causal activo en la producción de este suceso. En otros términos, los estados mentales, como las creencias y deseos de la persona, no se encontrarían entre las propiedades *causalmente relevantes* del suceso que identificamos como causa. El contrafáctico ‘si m_1 y m_2 (sucesos mentales, el deseo y la creencia) no hubieran acontecido, la rotura de la ventana no hubiera tenido lugar’ no garantiza la eficacia causal de tales sucesos.¹¹

Aun cuando esta crítica no fuese pertinente, difícilmente los argumentos expuestos a favor de tal interpretación de la completud de lo físico podrían respaldar la posición de Lowe. En el enfoque de éste, como se anticipa en lo expuesto, no se trata de identificar conjuntos de condiciones, tanto físicas como no físicas, que actúen como causas de sucesos físicos o mentales.¹² La ontología presupuesta parece estar constituida por series de sucesos, tanto físicos como no físicos, conectados de manera fundamental por medio de la relación causal; Lowe rechaza explícitamente la tesis de que los estados mentales sobrevienen a partir de estados físicos. Por otra parte, aun cuando se acepte que el principio metodológico que prescribe la búsqueda de mecanismos pueda disociarse del fisicalismo, esto no implica, como

¹⁰ O, si se prefiere, *determina* vía superveniencia o realización física la producción de tales estados y procesos.

¹¹ *Cfr.* Kim (1998, cap. 3) para un análisis de la posibilidad de explicar la causación mental en términos de contrafácticos.

¹² Quizás su enfoque pueda ajustarse al modelo de sucesos como ejemplificación de propiedades (*cfr.* Kim, 1976).

veremos, que no haya casos concretos en los que la determinación de tales mecanismos no sea exigible.

Baker (1993) señala lo que considera son insuficiencias en la concepción corriente de la clausura causal del mundo físico. Si, como a menudo se sostiene, observa, las propiedades neurofisiológicas son propiedades físicas, entonces no puede interpretarse la tesis de la clausura causal de lo físico de manera tal que afirme que todo suceso neurofisiológico que tiene una causa en t tiene una causa neurofisiológica completa en t . Esta afirmación sería falsa debido a que las leyes neurofisiológicas contienen cláusulas *ceteris paribus*; en particular, ciertos sucesos a niveles moleculares podrían afectar sucesos neurofisiológicos que están gobernados por leyes neurofisiológicas. Por lo tanto, Baker sostiene que no hay clausura causal al nivel neurofisiológico, ya que un sistema es causalmente cerrado si y sólo si interactúa causalmente *sólo* con otros elementos dentro del mismo sistema. Dado que la clausura causal de la física se aplicaría entonces sólo al nivel más bajo, el de la microfísica (el de las partículas básicas y sus propiedades), propone reformular la tesis de la clausura causal en la siguiente forma: 'Toda instanciación de una propiedad microfísica que tiene una causa en t tiene una causa microfísica completa en t '.

Esta reformulación, además de ofrecer reparos en algunos aspectos (en particular, parece dudoso que la influencia de los niveles inferiores sobre los niveles superiores sea causal; parecería más razonable fundarla en alguna clase de relación de realización o superveniencia mereológica, modificación que permitiría salvar el principio de clausura causal intranivel) no puede ser utilizada para apuntalar la posición de Lowe. En particular, la clase de influencias internivel admitidas por Baker no excede el nivel físico; dicho en otros términos, los sucesos neurofisiológicos, que *también* son sucesos físicos, son afectados por sucesos de niveles inferiores (químicos o aun físicos propiamente dichos), que son sucesos físicos. No hay espacio, en esta reformulación, para acciones causales de supuestos sucesos no físicos sobre sucesos físicos.

Burge (1993), en su análisis de los argumentos en favor de la exclusión causal-explicativa, rechaza que el principio de la clausura causal tenga la fuerza que usualmente se le atribuye. El razonamiento usual sobre esta cuestión, en su opinión, es el siguiente: todo efecto físico es causado por estados o sucesos físicos previos de acuerdo con leyes físicas aproximadamente deterministas. Las causas mentales originan movimientos físicos en nuestros cuerpos. Si esta clase de causación no consistiera en procesos físicos, existirían desviaciones de los patrones físicos descritos por las leyes. Sin embargo, no hay razones para pensar que esto ocurre: los estados previos físicos son suficientes para la ocurrencia de los efectos. Y si apelar a la causación mental supone dudar de la adecuación de las formas usuales de explicación física, tal apelación debería ser rechazada.

Burge considera que este argumento tiene cierta fuerza, pero no tanta como se le atribuye. Pensar que una causa mental debe interferir o alterar procesos en los sistemas físicos depende de pensar en las causas mentales bajo un modelo físico. Esto es, la causa debe transferir una fracción de energía o ejecutar una fuerza sobre el efecto. En tal modelo, la causa mental desviaría el efecto físico del curso al que lo conduciría la causa física aislada. Sin embargo, el hecho de que este modelo físico de la causación mental sea adecuado es justamente lo que, en su opinión, está en discusión. Su posición es que hay varias formas en las cuales las causas mentales ‘hacen una diferencia’ [*‘make a difference’*] sin entrar en conflicto con explicaciones físicas. En particular, esas diferencias son especificadas por explicaciones psicológicas y por los enunciados contrafácticos asociados a tales explicaciones.

El rechazo al principio de clausura causal no se produce entonces, en la posición de Burge, por un replanteo profundo de las relaciones entre lo mental y lo físico, sino por una exigencia de relegar a la reflexión metafísica y privilegiar a la práctica explicativa. Las posiciones de Lowe y de Burge, entonces, son muy diferentes en lo que respecta a esta cuestión. Mientras que Burge rechaza el iniciar la reflexión acerca de la eficacia causal de lo mental a partir de la metafísica, en particular la metafísica materialista, Lowe acepta situar el análisis en el plano ontológico. Por lo tanto, debería explicar la interacción causal entre sucesos físicos y no físicos.

Ninguno de los argumentos expuestos a favor de una reinterpretación del principio de clausura causal del mundo físico, entonces, parece resultar de utilidad para respaldar la posición de Lowe. Veamos ahora las razones que conducen a concluir que tal posición es insatisfactoria.

En primer lugar, conviene observar que hay razones más fuertes que la complejidad y autosuficiencia de la teoría física para admitir la necesidad de la clausura (como aparece en la definición de Kim); en particular, la incompatibilidad de su negación con la aceptación de principios fundamentales de nuestro conocimiento del mundo físico. Como hemos visto, el principio (3) admite la existencia de cadenas causales en las cuales haya eslabones mentales y eslabones físicos, las cuales estarían constituidas de la siguiente forma:



siendo P un suceso físico y M un suceso mental. Como veremos, esto no impide que, para Lowe, un suceso físico P esté determinado simultáneamente por dos cadenas causales, una de ellas puramente física y la otra mixta (esto es, conteniendo eslabones físicos y eslabones mentales), sin que se trate de un caso de sobredeterminación.

No obstante, hay razones de peso para rechazar (3), que admite esta última posibilidad. Este principio, en la interpretación que sostiene Lowe, admitiendo la tran-

sitividad de la causación, presenta un panorama aproximadamente así: el mundo es un sistema causal, cuyo origen último es el big bang (por lo cual, en última instancia, todo suceso tiene una causa primigenia física), pero en cuya red causal hay nodos tanto físicos cuanto no físicos. Pero esta imagen se enfrenta con un problema serio. La causación de un suceso físico por un suceso no físico parece violar el principio de conservación de la energía (dificultad que, como hemos observado, aqueja a las diversas formas de interaccionismo). Resulta plausible pensar que el hecho de que un suceso físico pueda ser causado por un suceso no físico implica una violación de este principio, aun cuando no de hable de ‘sustancias pensantes’ cartesianas. Un suceso físico (neurofisiológico) del cerebro involucra cambios físico-químicos y eléctricos que involucran transferencias de energía, energía que se crearía en el caso de una acción mente-cuerpo, y se destruiría en el caso de una acción cuerpo-mente. Si esto fuese así, el panorama que se observaría sería el de una creación y destrucción continua de energía, en la medida en que en las cadenas causales se interpongan eslabones no físicos (mentales). Parecería que (3), en la interpretación de Lowe, no es una versión debilitada de (4), sino que implica su negación; esto es, (4) prohíbe tal clase de interacciones, mientras que (3) las permite.¹³

Parece plausible afirmar que la aceptación o el rechazo de la tesis de la clausura causal debe ser una cuestión de ‘todo o nada’; dicho en otros términos, y si se nos permite la analogía, podría decirse que la aceptación o rechazo de la clausura causal es similar a lo que representa, para la posición epistemológica de Popper, el rechazo de la inducción; lo que hace Lowe es similar a la aceptación de un ‘soplo’ de inducción para Popper (y, como ha observado W. H. Newton-Smith sobre esta cuestión, no se trata de un soplo sino de ‘una tormenta desatada’). No se puede aceptar una violación, aunque sea parcial, de la clausura, que es lo que, en última instancia, sostiene Lowe (una red causal en la cual algunos eslabones son no físicos, pero en cuyo origen existe un único suceso físico), y pretender continuar dentro del marco proporcionado por las ciencias físicas de nuestra época.

En segundo lugar, parecería correcto exigir que la postulación de la interacción entre estados mentales y estados físicos vaya acompañada de argumentos positivos en el plano ontológico; en especial, una explicación de los mecanismos que actuarían en tal interacción. Lowe no intenta explicar de que manera un estado físico puede interactuar con un estado no físico sino hasta el final del artículo; su argumento principal consiste en la apelación a supuestas ventajas explicativas que la aceptación de (3) implicaría. Esto es, se nos pide que abandonemos la formulación

¹³ Podría replicarse a la objeción expuesta que se está presuponiendo indebidamente que las relaciones causales en las que intervienen sucesos mentales son homogéneas a las relaciones causales en las que intervienen únicamente sucesos físicos. Sin embargo, nos parece que es el dualista quien debe mostrar la forma en que una relación causal en la que intervienen sucesos mentales difiere (si es que lo hace) de una relación causal en la que intervienen únicamente sucesos físicos.

clásica de un principio que parece estar sólidamente basado en la ciencia básica de nuestra época, en virtud de la supuesta ganancia explicativa que de este modo obtendríamos. Pospondremos entonces el examen de la explicación de la causación entre sucesos mentales y sucesos físicos y, en lo que sigue, analizaremos si la presunta ganancia explicativa es tal; sin embargo, puede presumirse que difícilmente una ganancia explicativa, por notable que sea, logre compensar semejante pérdida de plausibilidad ontológica.

4. Causas mentales y fuerza explicativa

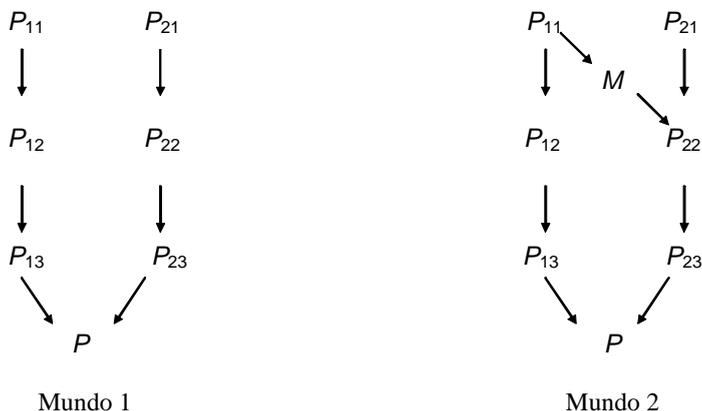
Lowe admite que, aun aceptando que la causación de un estado físico por otro no físico (mental) sea una genuina posibilidad y que las tesis (1), (2) y (3) no son lógicamente inconsistentes, puede pensarse que la sugerencia de que así es como realmente son las cosas es una idea extravagante, que viola principios de parsimonia o simplicidad en temas metafísicos. Pero por el contrario, sostiene, puede mostrarse que la invocación a los estados mentales, tal como han sido caracterizados, tiene el potencial de fortalecer las explicaciones de determinados sucesos físicos. Esto se debe, prosigue, a que las causas no físicas pueden tornar *no coincidentes* ciertos sucesos físicos, los cuales parecerían ocurrir por mera coincidencia desde la perspectiva de la causación puramente física.

Un suceso ocurre por *coincidencia*, o *coincidentemente*, cuando dos o más sucesos co-ocurren y conjuntamente causan el suceso, pero las causas de estos sucesos son causalmente independientes, dado que ambos sucesos no comparten ninguna causa común entre sus propias causas. Ejemplo de esta clase de sucesos es el siguiente: un hombre pasa caminando frente a una casa justo en el momento en que una ráfaga de viento desprende y hace caer una teja, la cual golpea al hombre y lo mata. El caminar el hombre y la caída de la teja, ocurriendo conjuntamente, causan la muerte del hombre, pero no hay una causa común entre ambos sucesos. Por lo tanto, la muerte acaece por coincidencia. Un suceso que acaece, como en este caso, por coincidencia, no es un suceso que carezca de causas; las causas coincidentes del suceso tienen a su vez causas, las cuales tienen causas, y así siguiendo. Lo que permite rotular a este suceso de coincidente, sostiene Lowe, es que sus causas inmediatas no comparten una causa común, por lo cual sus historias causales son independientes.

Muy distinta es la situación en la cual los sucesos comparten una causa común. Modificando el ejemplo anterior, si al caminar el hombre hacia la casa hubiera tirado inadvertidamente de un cable atado a la teja, causando su caída justo en el momento en que pasaba por debajo, entonces su caminar frente a la casa y la caída tendrían una causa común, por lo que la muerte del hombre no habría sido

coincidente. En el caso del suceso que no ocurre por coincidencia, a diferencia del que ocurre por coincidencia, el suceso físico del hombre acercándose hacia la casa está relacionado, por medio de la causación física (el movimiento del cable) al suceso físico de la caída de la teja. En este caso, los sucesos en cuestión, tanto en el caso coincidente como en el no coincidente, son puramente físicos. Sin embargo, podría existir una situación en la cual un suceso físico tenga entre sus causas físicas inmediatas una cadena causal que involucre un suceso no físico que vincule ambas historias causales.

Lowe nos pide que consideremos el siguiente diagrama, que describe dos mundos distintos:



En este diagrama, las letras representan sucesos particulares, mientras que las flechas implican que el suceso representado por la letra superior es una causa del suceso representado por la letra inferior. Ambos mundos son idénticos en lo que respecta a la ocurrencia del suceso P en la región espacio temporal que nos interesa, y en que los sucesos mantienen las mismas relaciones de causación puramente física unos con otros (esto es, tomando dos sucesos cualesquiera de un mundo, se observará que mantienen las mismas relaciones causales que los sucesos equivalentes del otro mundo). Pero aun cuando en ambos mundos tiene lugar la ocurrencia de P, en el mundo 1 esta ocurrencia es puramente coincidente, mientras que en el mundo 2 no lo es. Si bien P tiene en ambos mundos la misma historia puramente física, en el mundo 2 sus causas inmediatas (P₁₃ y P₂₃) comparten una causa común que las conecta mediante una cadena causal no física, tornando la ocurrencia de P en no coincidente.

La posibilidad de existencia de tales mundos, observa Lowe, significa que aun cuando puedan identificarse todas las causas físicas de determinado suceso físico en una región del espacio-tiempo, esto no excluye la posibilidad de que exista un suceso no físico (mental), como una creencia o un deseo, que pueda servir para explicar

por qué el suceso físico es no coincidente, en una forma que la historia causal puramente física no pueda. En sus propias palabras: ‘postular ciertas causas no físicas (mentales) de un suceso físico, además de las causas físicas que ya hemos descubierto, puede servir para un propósito explicativo que no puede ser satisfecho apelando sólo a las causas físicas’ (p. 234).

La preocupación principal de Lowe al exponer esta posibilidad es mostrar que es perfectamente concebible el hecho de que al investigar un movimiento corporal deberíamos descubrir que todos los sucesos físicos involucrados en su ocurrencia no hacen sino mostrar que el movimiento es puramente coincidente. En este caso, sostiene, su posición es que podemos plausiblemente invocar una causa no física (mental) que torne al movimiento no coincidente, sin negar nada acerca de lo que hasta este momento podamos haber descubierto acerca de las causas puramente físicas.

5. Cómo explicar la causación mental: la direccionalidad de la causación intencional

Hasta aquí, ninguno de los argumentos expuestos por Lowe ha estado destinado a explicar la manera en que un estado o suceso mental puede causar un estado o suceso físico, así como la causación recíproca. Interesado especialmente en la causación intencional (la forma en que un suceso mental intencional puede causar otro suceso *en virtud de ser* un estado intencional), Lowe observa que un rasgo distintivo de ésta es que lo que es causado por tales estados está íntimamente relacionado con el contenido intencional de esos estados. Esta característica hace que las causas intencionales de sucesos físicos siempre estén ‘dirigidas’ a la ocurrencia de tales sucesos; no parece observarse nada parecido cuando se trata de la causación de sucesos físicos por otros puramente físicos: tales procesos puramente físicos parecen ser, observa Lowe, ‘no dirigidos’ o ‘ciegos’. Sin embargo, en la acción voluntaria normal un estado intencional del agente es ‘dirigido’ hacia la realización de un suceso de cierta clase, no hacia el suceso *particular* del cual es la causa. Si nuestro brazo se levanta como resultado de un intento exitoso de elevarlo, lo que es explicado causalmente a través de nuestro deseo no es meramente la ocurrencia de ese caso particular de elevación del brazo, sino la producción de un estado general de cosas en el cual se encuadra un suceso de esa clase que ocurre durante un cierto lapso.

En opinión de Lowe, existe una conexión entre este rasgo de la explicación causal intencional y el rol de las causas mentales en tornar algunos de sus efectos físicos en no coincidentes. Como ha sostenido, lo que hace que un suceso sea no coincidente es un hecho en su historia causal; esto es, el hecho de que sus causas inme-

diatas no tienen historias causales independientes. En sus propios términos

Mi nueva sugerencia, ahora, es que este rasgo del rol causal de los estados mentales está íntimamente relacionado con el modo en el cual sirven para proveer explicaciones causales de ciertos estados físicos *generales* de cosas y no meramente de sucesos físicos particulares. Conectando causalmente lo que de otra manera serían cadenas independientes de causación física, sugiero, una causa mental puede volver el efecto común de estas cadenas no coincidente y, al hacerlo, explicar por qué un suceso de *esa clase ocurrió*, no meramente por qué *ese suceso particular* ocurrió (p. 236. *Cursivas del autor*).

Esta conexión causal entre sucesos mentales intencionales y sucesos físicos es lo que hace, interpretamos, que el suceso físico no esté sobredeterminado: mientras que la causa física causa que el suceso físico sea ese suceso particular y no otro, la causa mental intencional causa que ese suceso sea de una clase determinada.

Sin embargo, ¿responde este argumento a la pregunta de *cómo causa* un estado mental a un estado físico? En particular, ¿responde a la pregunta de *cómo causa* un estado intencional que un suceso pertenezca a una clase determinada de sucesos? Consideramos que no. Tal como expusimos en el apartado 3, esta respuesta parece requerir de la postulación del mecanismo que vincula un suceso con otro. Podemos tener una explicación de cómo un suceso físico causa otro, en particular de cómo un suceso neurofisiológico en el cerebro causa otro suceso de la misma clase; en otros términos, podemos *acceder al mecanismo a través del cual* tiene lugar la interacción causal entre sucesos de esta misma clase.¹⁴ Lowe no presenta ninguna explicación de un mecanismo análogo para la interacción entre estados físicos y estados no físicos (mentales). En ausencia de una explicación de este mecanismo no parece que podamos tener acceso epistémico a la interacción causal entre sucesos de clases distintas, como sucesos físicos y sucesos no físicos (mentales). Esta carencia, como hemos observado, parece seria en el enfoque de Lowe, ya que no rechaza fundar la explicación psicológica sobre bases metafísicas.

Por otra parte, no debemos olvidar a los estados mentales no intencionales, pese a que Lowe manifiesta no estar interesado en ellos. Dado que estos estados carecen de contenido, no puede explicarse su presunta acción sobre sucesos físicos por medio de la causación de una clase de suceso. Sin embargo, cualquiera que pretenda mantener la causación mental debe proporcionar una explicación de cómo los estados no intencionales causan sucesos físicos. Por esta razón, en el mejor de los casos la posición de Lowe constituiría una respuesta al problema de la causación intencional, pero no al de la causación mental.¹⁵

¹⁴ No estamos sugiriendo que dispongamos de todo este conocimiento actualmente, pero no parece existir ninguna razón *a priori* que parezca impedirnos acceder a él.

¹⁵ No hemos considerado, por exceder los objetivos de este artículo, las objeciones a la eficacia causal de los estados intencionales basadas en las concepciones externalistas del contenido, que cons-

En síntesis, Lowe sostiene que, en ausencia de causas mentales, todo lo que tendríamos serían sucesos coincidentes y explicaciones puramente físicas de sucesos únicos, y no de clases de sucesos, y que nuestras explicaciones se ven fortalecidas si admitimos la causación mental. Ahora bien, ¿es este argumento suficiente para aceptar causas no físicas de sucesos físicos, con las consecuencias ya mencionadas? La respuesta que parece más plausible es la negativa.

Lowe concluye la exposición de su propuesta con una defensa comparativa de su versión del dualismo frente a las versiones más estrictas del fisicalismo:

[P]odemos adoptar una versión de ‘dualismo’ (por falta de una palabra mejor) que preserve un principio central del fisicalismo, esto es, la afirmación (3): *todo suceso físico tiene un conjunto de causas físicas que son colectivamente causalmente suficientes para la ocurrencia de ese suceso*. Si es sólo una preocupación concerniente a que esta afirmación es denegada por el dualismo lo que persuade a algunos filósofos a rechazar el dualismo en favor del fisicalismo, entonces espero haber mostrado por qué esta preocupación es bastante errónea. Si, por otra parte, su fisicalismo está motivado por la fe en la afirmación (4) –que *ningún suceso físico tiene una causa no física*– entonces sólo puedo decir que me parece que esa doctrina es un dogma injustificado que los compromete, les guste o no, con el eliminativismo o el epifenomenismo con respecto a lo mental (p. 239. Cursivas del autor).

Sin embargo, la alternativa que propone podría ser considerada plausible en caso de que lograra superar las objeciones referidas a la violación de la clausura causal del mundo físico y a la carencia de una explicación del mecanismo que vincula a lo mental con lo físico. En ausencia de una respuesta a estas objeciones plausibles, podemos concluir que su posición no logra superar las flaquezas tradicionales del dualismo, aun cuando éste sea presentado como ‘naturalista’. No cabe ninguna duda de que el materialismo no reduccionista enfrenta severas dificultades que probablemente no pueda superar, pero, por todo lo que sabemos hasta el presente, el dualismo es totalmente inviable.

Referencias bibliográficas

BAKER, Lynn (1993): “Metaphysics and Mental Causation”, en John Heil y Alfred Mele (eds.) (1993), *Mental causation*, New York, Oxford University Press, pp. 75-95.

BECHTEL, William (1988): *Filosofía de la Mente. Una panorámica para la ciencia*

tituyen una clase adicional de argumentos en contra de la eficacia causal de los estados mentales de esa clase (*cf.* Kim, 1998, cap. 2). Sin embargo, parece razonable pensar que el enfoque de Lowe debería presentar una respuesta a este tipo de argumentos.

- cognitiva* (Philosophy of Mind. An Overview for Cognitive Science), Madrid, Tecnos, 1991.
- BIERI, Peter (1992): "Trying Out Epiphenomenalism", *Erkenntnis*, 36 (3), pp. 283-309.
- BLOCK, Ned (1990): "Can the Mind Change the World?", en Cynthia y Graham Macdonald (eds.) (1995), *Philosophy of Psychology. Debates on Psychological Explanation, Volume One*, London, Basil Blackwell, pp. 29-59.
- BURGE, Tyler (1993): "Mind-Body Causation and Explanatory Practice", en John Heil y Alfred Mele (eds.) (1993), *Mental causation*, New York, Oxford University Press, pp. 97-120.
- CRANE, Tim (1995): "The mental causation debate (Mental causation I)", *Aristotelian Society Supplement* 69, pp. 211-236.
- CHURCHLAND, Paul (1988): *Materia y conciencia. Introducción contemporánea a la Filosofía de la Mente* (Matter and Consciousness), Barcelona, Gedisa, 1992.
- HART, W. D. (1994): "Dualism", en Samuel Guttenplan (ed.) (1994), *A Companion to the Philosophy of Mind*, Oxford, Blackwell, pp. 265-269.
- JACKSON, Frank y Philip Pettit (1990): "Program Explanation: A General Perspective", *Analysis*, 50, pp. 107-117.
- KIM, Jaegwon (1976): "Events as Property Exemplifications", en *Action Theory*, Miles Brand y Douglas Walton (eds.), Dordrecht, Reidel, 1976. Reimpreso en Kim (1993b), pp. 33-52.
- KIM, Jaegwon (1989a): "Mechanism, Purpose, and Explanatory Exclusion", *Philosophical Perspectives*, 3, *Philosophy of Mind and Action Theory*, James E. Tomberlin (ed.), Atascadero, Cal., Ridgeview Publishing Company. Reimpreso en Kim (1993b), pp. 237-264.
- KIM, Jaegwon (1989b): "The Myth of Nonreductive Materialism", *Proceedings and Addresses of the American Philosophical Association* 63 (1989). Reimpreso en Kim (1993b), pp. 265-284.
- KIM, Jaegwon (1990): "Explanatory Exclusion and the Problem of Mental Causation", en Cynthia y Graham Macdonald (eds.) (1995), *Philosophy of Psychology. Debates on Psychological Explanation, Volume One*, London, Basil Blackwell, pp. 121-141.
- KIM, Jaegwon (1993a): "The Nonreductivist's Troubles with Mental Causation", en Heil y Mele (eds.), 1993. Reimpreso en Kim (1993b), pp. 336-357.
- KIM, Jaegwon (1993b): *Supervenience and Mind*, Cambridge, Cambridge University Press.
- KIM, Jaegwon (1998): *Mind in a Physical World. An Essay on the Mind-Body Problem and Mental Causation*, Cambridge, Mass., The MIT Press.
- LOEWER, Barry (1995), "Mind-body problem", en Jaegwon Kim y Ernest Sosa (eds.) (1995), *A Companion to Metaphysics*, Oxford, Blackwell, pp. 327-332.

- LOWE, E. J. (1999): "Self, Agency and Mental Causation", *Journal of Consciousness Studies*; 6(8-9), pp. 225-239.
- MALCOLM, Norman (1968): "The Conceivability of Mechanism", *Philosophical Review* 77, pp. 45-72.
- MARRAS, Ausonio (1998): "Kim's Principle of Explanatory Exclusion", *Australasian Journal of Philosophy* 76, pp. 439-451.
- MARRAS, Ausonio (2000): "Critical Notice of *Mind in a Physical World* by Jaegwon Kim", *Canadian Journal of Philosophy* 30, pp. 137-160.
- POPPER, Karl, y ECCLES, John (1977): *El yo y su cerebro* (The Self and its Brain), Barcelona, Labor, 1993.
- SABATÉS, Marcelo (2001): "Varieties of Exclusion", *Theoria*, Vol. 16, N° 40, pp. 13-42.
- VAN GULICK, Robert (1993): "Who's In Charge Here? And Who's Doing All the Work?", en John Heil y Alfred Mele (eds.) (1993), *Mental causation*, New York, Oxford University Press, pp. 233-256.
- YABLO, Stephen (1992): "Mental causation", *Philosophical Review*, vol. 101, pp. 245-280.